

LECCIONES SOBRE EL CAPITALISMO

*Celestino Carbajal**

Reseña del libro de Ludwig von Mises, *Seis lecciones sobre el capitalismo*, Instituto de Economía de Mercado, Madrid: Unión Editorial SA. **

Pues al fin y al cabo, existe una lógica del mundo social, lo mismo que existe una lógica del mundo físico. Hay ciertas leyes que no se pueden violar impunemente. También en esta esfera debemos seguir el consejo de Bacon: "Tenemos que aprender a obedecer las leyes del mundo social, antes de emprender la tarea de regirlo".

Ernst Cassirer, *El mito del Estado*

Invitado por el Dr. Alberto Benegas Lynch, a mediados de 1959 visitó la Argentina el profesor Ludwig von Mises, profesor en la Universidad de Nueva York, para dar unas conferencias sobre política económica. Lo hizo en el Aula Magna de la Universidad de Buenos Aires, que desbordaba de un público deseoso de escuchar al ilustre economista, quien disertó en seis conferencias publicadas ese mismo año por el Centro de Difusión de la Economía Libre (esta primera edición no puede conseguirse en el comercio hoy en día).

En 1979, la señora Margit von Mises (esposa del conferenciante, fallecido en 1973), publicó las seis conferencias en inglés –a partir de notas y cintas magnetofónicas que ella conservaba– con el título de *Economic Policy*. La obra fue muy bien recibida en los Estados Unidos y hoy forma parte del

* Director del Posgrado de Administración Financiera. Profesor Titular, Decisiones de Financiamiento, Escuela de Posgrado de Ciencias Económicas, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: celestino.carbajal@gmail.com

** N. E.: Este libro fue reimpresso recientemente como *Política económica. Seis lecciones sobre el capitalismo*, prólogo de Alberto Benegas Lynch (h), Madrid: Unión Editorial SA.

fondo de publicaciones del Instituto Ludwig von Mises, siendo considerada un excelente compendio de las ideas del autor en materia de política económica. Al respecto, Fritz Machlup ha dicho sobre el libro que: “Refleja la posición básica de su autor por la que sus seguidores le ensalzan y sus oponentes le critican. Cada una de las seis conferencias constituye una pieza única; ensambladas provocan el placer estético de una obra monumental bien terminada”.

En 1981, el Instituto de Economía de Mercado de España tradujo la obra al castellano y la publicó por medio de Unión Editorial con el título *Seis lecciones sobre el capitalismo*. Las seis lecciones desarrollan temas fundamentales que hacen a la doctrina librecambista y a propuestas de política económica, de especial relevancia para los problemas que hoy tenemos que enfrentar y resolver inteligentemente los argentinos. Por ello creemos que es valioso recordar y difundir el análisis esclarecedor que nos obsequió Mises hace 52 años.

También concientes de la importancia de su obra, el Instituto Liberal de Brasil –una institución libertaria fundada en 1983 con la intención de traducir y publicar obras de la tradición liberal–, en el 2010 celebró su habitual conferencia anual, el *Foro da Liberdade*, y distribuyó entre los 6.000 participantes copias de las seis conferencias. Previo al Foro se lanzó oficialmente el Instituto Mises Brasil, con la presencia de importantes figuras del instituto homónimo de los Estados Unidos como Lew Rockwell, Joseph Salerno, Tom Woods y Mark Thornton.

Nuestros vecinos brasileños se han servido de las ideas de Mises y las difunden entre seis mil jóvenes que pueden interesarse en las mismas. En la Argentina también tenemos necesidad de educar a jóvenes que piensen con racionalidad y actúen con honestidad; a ellos en particular está dirigida esta reseña, si bien el libro de Mises ofrece a todos una buena oportunidad para reflexionar sobre la forma de dejar atrás la pobreza, ya que es evidente que hasta el momento las políticas implementadas en tal sentido no han dado los resultados prometidos.

En *Seis lecciones* Mises despliega su pensamiento de un modo que es característico en su obra escrita. Los tres primeros capítulos tratan sobre

cada una de las formas en que puede organizarse la vida económica de la sociedad: capitalismo, socialismo e intervencionismo. Los tres capítulos siguientes hablan de inflación, inversiones extranjeras, y pensamiento y política. A continuación resumiremos las principales ideas de cada capítulo.

I. El capitalismo

El primer capítulo comienza estableciendo un corte en la historia económica de Inglaterra a mediados del siglo XVIII. Antes de esa fecha era un país agrícola en el que el 90% de su población, de cinco millones de habitantes, estaba constituida por paupérrimos campesinos que tenían condiciones de vida aún peores que los pobres de la India del siglo XX. Había poquísima industria y la que había era sólo doméstica y artesanal.

En los cien años posteriores a la Revolución Industrial se produjo un desarrollo industrial asombroso. Hubo progresos notables en las industrias textil, metalúrgica, mecánica, energética, en la ingeniería industrial y civil y en los transportes, se desarrollaron los ferrocarriles y los buques a vapor. Se duplicó la población, llegando a mediados del siglo XX a cincuenta millones de habitantes.

Este enorme salto en la economía de Inglaterra fue posible por la libertad económica y política que prevaleció y permitió desarrollar la empresariedad de su población y los mercados competitivos. Así fue posible aumentar el ahorro y las consiguientes inversiones de capital que permitieron a su vez aumentar la productividad del trabajo a un ritmo superior al del aumento de la población.

Los principios del capitalismo, consolidados en Inglaterra a mediados del siglo XIX, se extendieron pronto a Europa Occidental y al continente Americano. Juan Bautista Alberdi los incorporó en nuestra Constitución de 1853, lo que condujo a la Argentina a transformarse, en un lapso de cincuenta años, en una de las primeras economías del mundo.

El capitalismo se fundamenta en la acumulación de capital –de aquí su nombre– y en la libre competencia. Mises advierte que el mundo ha progresado

gracias a la aplicación de los principios capitalistas y que, a pesar de esto, el fenómeno capitalista sufrió un ataque sistemático por parte de diversos defensores del socialismo, lo que eventualmente denigró el término en la inadvertida mentalidad de muchos.

II. El socialismo

El socialismo rechaza la propiedad privada de los medios de producción. El capitalismo la afirma. Los recursos productivos sirven para producir los bienes que consume la gente; quienes detentan su propiedad son quienes deciden cómo se utilizarán. La ciencia económica clasifica esos recursos en dos clases: los llamados recursos originarios, trabajo y naturaleza, y los derivados de los mismos, los bienes de capital, tales como materias primas, materiales, herramientas, máquinas, edificios, etc. La recusación de la propiedad privada de los factores de la producción se vuelve terrible cuando caemos en la cuenta de sus consecuencias sobre los trabajadores, quienes no pueden disponer a su arbitrio de su capacidad de trabajo y deben hacer lo que les indique el Estado conforme a sus “planes” productivos. Mises insiste en su advertencia de que la planificación centralizada aniquila la libertad individual.

Por el contrario, es en la sociedad librecambista donde se reconoce simultáneamente que “yo dependo de ti y tú de mí”. Las partes tienen la opción de intercambiar cosas o no, de acuerdo con las preferencias de cada una. En una sociedad hegemónica, donde hay una autoridad suprema, no hay margen para la libertad de las personas; éstas tienen simplemente que obedecer. Sociedades hegemónicas en el siglo XX fueron las comunistas y las nacional-socialistas: en ambas, los individuos carecen de valor.

¿Por qué razón se creyó que el mundo se dirigía inexorablemente, como Carlos Marx profetizaba, hacia el socialismo, cuando esto significaba la pérdida de la libertad? Mises ofrece tres respuestas para esta pregunta: 1) Por mitología: el socialista siente que el gobierno es un ángel guardián y protector, siendo este sentimiento una supervivencia del viejo mito de la bondad del

monarca; 2) Por resentimiento y envidia hacia los ricos; 3) Por ignorancia sobre el funcionamiento de los mecanismos sociales.

Por ello, tema de gran importancia teórica y práctica para Mises es el que se refiere a la imposibilidad del socialismo para alcanzar, aunque sea mínimamente, sus objetivos. Las razones aquí son más bien técnicas, mientras que las de la primera parte fueron principalmente morales. En el capitalismo la utilización económica de los recursos depende de las decisiones de los propietarios de los mismos. Los empresarios realizan sus cálculos mercantiles a partir de los precios fijados libremente en los mercados. Así pronostican los resultados de sus operaciones. La condición de su éxito es que el valor de lo que producen sea mayor que el valor de los insumos requeridos para producirlo, o sea que el precio de venta cubra el costo de producción. En el capitalismo se determina fácilmente la “economicidad” de la actividad productiva del modo señalado. En contraste, en el socialismo esta determinación es imposible, porque allí no existen precios establecidos por los mercados, sino sólo razones de cambio fijadas por la autoridad, que desconoce las preferencias de los consumidores y que carece por eso de elementos suficientes para fijar el valor de los insumos y de los bienes de capital en general.

III. El intervencionismo

El capitalismo es un sistema autorregulado cuyas leyes de funcionamiento son irrevocables, y su desconocimiento está penalizado con el fracaso de los diseños del transgresor. El socialismo, en cambio, es un sistema voluntarista y autoritario, que desconoce en su propio accionar la existencia de leyes económicas, por eso sus planes no logran alcanzar los objetivos propuestos. Esto podía ser para algunas personas una conjetura más o menos válida a mediados del siglo pasado, pero hacia finales del mismo fue evidente cómo se autodestruía la Unión Soviética. Hoy el socialismo extremo o comunismo ha desaparecido de casi todos los países en que gobernaba y lo que hay es un socialismo aguado, que mantiene, en teoría, el voluntarismo que

no reconoce leyes y cree ingenuamente que en materia económica basta con proponerse algo para hacerlo realidad.

El intervencionismo pretende ser una tercera posición entre el capitalismo y el socialismo, que espera poder construir tomando lo bueno y rechazando lo malo de cada uno de los dos antagonistas. Según Mises, el intervencionismo no genera una economía mixta, sino, a lo sumo una economía intervenida con rumbo al socialismo pero faltando recorrer aun un trecho, largo o corto según sea el caso.

Mises no acepta el concepto de que las economías actuales puedan considerarse economías mixtas por el hecho de que el Estado gestione actividades que podrían ser atendidas por empresas privadas tales como ferrocarriles, transportes, energía, telefonía etc. Considera que estas actividades, en la medida en que las mismas se atengan a las reglas de los mercados no intervenidos, no son en sí mismas intervencionistas. Piensa de todas formas que esa gestión no será bien realizada por el personal del Estado, ya que por condiciones políticas y administrativas esas entidades tenderán a burocratizarse a costa de su eficiencia. Por otra parte, el Estado podrá absorber por vía fiscal o financiera los déficits en que esas instituciones incurran, lo que implica siempre una mala asignación de los recursos económicos.

En contraste con el Estado intervencionista, la labor del Estado para Mises debería limitarse a proveer la seguridad interna contra el accionar delictivo y la seguridad exterior contra la amenaza de agresiones extranjeras.

IV. La inflación

Mises comienza esta lección de manera muy simple, a pesar de ser un tema muy complejo. Afirma que, como la abundancia de cualquier bien mueve los precios hacia abajo, también la abundancia de dinero mueve su poder adquisitivo hacia la baja. Cuanto mayor sea la cantidad de dinero en circulación, más altos serán los precios y más bajo el valor de la moneda. Originariamente el concepto “inflación” se refería a la velocidad con que

umentaba el dinero en circulación y en consecuencia los precios. De esa forma se reconocía que la causa del aumento de los precios se encontraba en la cantidad de dinero que por unidad de tiempo entraba en circulación y no, como suele creerse erróneamente, en la codicia de los empresarios.

Hubo inflaciones en la Antigüedad, en la Edad Media y en el Renacimiento, mucho antes de que se generalizara la impresión de billetes iniciada a fines del siglo XVII por el Banco de Inglaterra. Desde entonces la inflación se asocia correctamente con los gastos del Estado, pero hay otras actividades que también son inflacionarias, como los créditos que no provienen del ahorro, o los pagos que los Bancos Centrales realizan por la compra de monedas extranjeras. En realidad, lo que interesa no es tanto lo que se hace con el dinero sino de dónde proviene. De aquí que no es el déficit del presupuesto público por sí lo que provoca el aumento inflacionario de los precios, sino cómo se financia ese déficit.

Mises nos recuerda que en todos los procesos inflacionarios hay perjudicados y beneficiados. En general se benefician los deudores, porque al caer el valor de la moneda también cae el valor real de las deudas, o sea los deudores terminan pagando menos de lo originariamente estipulado. Por el contrario, los acreedores se perjudican porque cobran sus acreencias con moneda de un menor valor real. Los grandes perjudicados son los que tienen parte de su patrimonio en moneda corriente, en general asalariados y jubilados. Contra lo que mucha gente cree, en el mundo actual no son los ricos los acreedores sino los más pobres (por ejemplo, los aportes jubilatorios que implican un crédito a favor de los asalariados). Los ricos son en general deudores y por lo tanto beneficiarios de este fenómeno. De todos modos, esos beneficios son finalmente relativos, aunque puede haber operadores que conociendo la dinámica de estos procesos obtengan pingües ganancias especulativas. Los efectos de la inflación dineraria no se extienden de manera homogénea, lo que frecuentemente no se tiene en cuenta, provocando numerosos problemas que no pueden ser tratados en la brevedad de las lecciones.

Mises advierte que las inflaciones terminan generalmente de manera catastrófica, en las crisis por todos tan temidas. ¿Por qué, entonces, siendo que perjudican a todos, no se puede acabar con ellas? Las razones son muchas,

casi todas de índole política. Para explicarlo Mises nos retrotrae a la postguerra mundial durante la década del '20, cuando la financiación de la guerra en Gran Bretaña significó inflación y caída del valor de paridad de la libra respecto al oro. Esta depreciación de la moneda británica afectó el orgullo inglés, por lo que el gobierno instauró un proceso de revaluación de la libra, que provocó un alza de los salarios reales perjudicando a las exportaciones británicas y aumentando las importaciones. Esta política aumentó fuertemente la desocupación, sin mejorar la paridad monetaria. La experiencia fue muy dura para los negocios y los trabajadores británicos.

Después de 1929 el problema consistió en que los sindicatos se resistieron a una caída de los salarios nominales cuyo sentido era bajar los salarios reales. La solución la proporcionó en aquel momento John M. Keynes, quien en definitiva propuso una política inflacionista que, aumentando los precios, bajara los salarios reales manteniendo los nominales. En un primer momento esta estrategia funcionó, pero después los sindicatos advirtieron que todo era un engaño y que a los trabajadores lo que les interesaba eran los salarios reales.

La política propiciada por Keynes se impuso a otras más conformes con la tradición económica clásica. A pesar de ser un liberal, Keynes se transformó en un intervencionista hasta tal punto que, en el prefacio de su libro *Teoría general* traducido al alemán consideró que el libro podía resultar más atractivo en el país del Nacional Socialismo que en el propio Reino Unido.

V. Las inversiones extranjeras

El programa liberal propicia la libertad y el Estado de derecho. En algunos países los salarios son mayores que en otros; esto no se produce porque haya diferencia entre las personas sino porque allí donde los salarios son más elevados es más alto el grado de capital invertido por hombre ocupado.

Es importante comprender que el empresario no puede pagar al asalariado más valor de lo que su trabajo agregue al producto final. Es la productividad marginal del trabajador lo que determina las tasas salariales, y esa productividad depende del capital invertido.

La llamada Revolución Industrial comenzó en Inglaterra hace 250 años. Fue este el primer país donde coincidió el desarrollo de la ciencia, de la técnica y de la “empresarialidad” con fines productivos, con una doctrina económica y política que propició el nacimiento de instituciones compatibles con aquel desarrollo. A medida que el naciente capitalismo industrial se consolidaba en el país de origen, se fue desplazando hacia los países de Europa Occidental primero y luego hacia Europa Oriental, Asia y el continente Americano. Fueron los ahorristas ingleses quienes financiaron los ferrocarriles, puertos, minería, los canales de Suez y Panamá, transportes marítimos y fluviales, empresas de electricidad, petroleras, telefónicas, empresas de gas, frigoríficos, etc. Tanto fue así, que salvo Gran Bretaña, todas las naciones hoy desarrolladas se financiaron al principio con capital extranjero.

La inversión extranjera se lleva a cabo cuando los capitalistas piensan que no van a ser expoliados por el Estado. El inversor extranjero que, a lo largo de una centuria, contribuyó al progreso de muchas naciones, con el correr del tiempo se transformó para gran parte de la opinión en un “explotador”. No fueron sólo los soviéticos que así lo pensaron. En la época que Mises daba estas conferencias, el gobierno socialista de la India, a cuyo frente se hallaba Jawarharlal Nehru, editó un libro con sus discursos, que estaban a favor de atraer la inversión extranjera. Nehru decía textualmente: “Propugnamos el socialismo; pero esto no quiere decir que estemos en contra de la empresa privada; la ampararemos y prometemos a los empresarios que aquí se instalen que no los nacionalizaremos ni expropiaremos durante al menos diez años, plazo que incluso pudiéramos prorrogar”. ¡Y con tales frases creía que iba a atraer al capital privado!

VI. Pensamiento y política

La disposición anímica de Occidente en la época de la Ilustración fue optimista; se esperaban siglos de prosperidad, paz y libertad. Algunos de esos sueños se plasmaron y otros no: subió el nivel de vida de la población pero hubo, sobre todo en el siglo XX, cruentas guerras y revoluciones. Los sistemas

constitucionales surgidos hacia mediados del siglo XIX decepcionaron las expectativas. Apareció un fuerte antagonismo entre la economía y la política. Se degeneró la libertad y el gobierno representativo. En los Parlamentos los legisladores buscaron la satisfacción de sus intereses antes que el bien común; los partidos políticos engendraron los grupos de presión y los cabildeos.

Los representantes del pueblo no trabajan por el interés general sino por los intereses de grupo. El país como tal es el único que carece de padrino. El proteccionismo levanta a un pueblo contra otro. La democracia se va transformando en la democracia del intervencionismo económico. El pragmatismo ha cercenado la acción de los parlamentos transformándolos en fabricas de regulaciones administrativas, desinteresándose de los grandes principios políticos y preocupándose solo por los “precios de los manés” o de los subsidios a tal o cual grupo. El sistema se encamina hacia el incremento sin límite del gasto público y del déficit fiscal. A los creadores de los sistemas constitucionales, allá por el siglo XVIII no se les pasó por la mente que los representantes del pueblo no velaran por el interés general. Así comprendemos porque hoy en día es imposible que los parlamentos puedan detener la inflación.

A pesar de estos lamentables resultados no hay que dejarse arrastrar por el pesimismo. Hay que pensar en el caso de Roma a partir de Augusto en los siglos I y II de nuestra era. Durante eso dos primeros siglos del imperio romano la economía era, a pesar de un naciente intervencionismo, floreciente, aunque incomparable con los niveles de bienestar alcanzados por nuestra civilización actual.

A partir del siglo III aquella civilización comenzó a desintegrarse por la continua depreciación de la moneda y la consiguiente inflación de precios como también por un creciente intervencionismo en la vida económica. Comenzó a faltar alimento en las grandes aglomeraciones urbanas y, a pesar de severas prohibiciones, la gente emigró hacia el campo en busca de medios de vida. Los romanos no pudieron comprender el origen de sus tribulaciones y las ciudades terminaron por despoblarse y los gobiernos de los diversos países que componían el imperio comenzaron a ser asumidos

por las milicias bárbaras de los lindes del imperio. Así surgieron reinos visigodos en España y el sur de Francia; francos en el norte; burgundios en el este; longobardos en Italia y ostrogodos en los Balcanes. El Imperio Romano se disolvió dando comienzo a quinientos años de la llamada edad oscura.

Nuestra situación no es tan grave como la de los romanos. En nuestro caso tenemos los conocimientos que nos proporciona la economía política para saber acerca de la naturaleza de algunos de los más graves problemas que nos aquejan. El socialismo y otras doctrinas intervencionistas no las desarrollaron los asalariados sino que son producto de los intelectuales. Carlos Marx no era un obrero sino hijo de un destacado abogado; Engels era hijo de un acaudalado industrial textil; Saint Simon era de estirpe nobiliaria y así otros.

Mises escribe: “Ideas y sólo ideas, pueden iluminar las densas nieblas que nos circundan”. Hay que cambiar los malos idearios por otros buenos. Afortunadamente hoy se puede hablar de temas que no se podía hace cien años.